

Todos íbamos a ser doctores

María Luisa Rodríguez

(después de los vasitos de plástico amarillo, hay como un rewind y uno vuelve, con la necesaria nostalgia, a pensar en la universidad. El Alma Mater de "la Central" es una sustancia intangible, que a veces asoma en las conversaciones, como un fantasma que hace una pregunta que nadie sabe responder. Viene con nostalgia por los años mozos, los peores y mejores de la vida, como se sabe).

Ritual del licenciado

El futuro licenciado se instala frente al Tribunal. El Tribunal queda instalado: dos profesores amigos, vestidos de novios, que frisan la cincuentena. La enorme tesis resplandece sobre la mesa de fórmica, con sus cuadros estadísticos, sus diagnósticos y aproximaciones. Uno de los profesores amigos empieza a leerla como si fuera literatura moderna: en cualquier orden. Las faltas de ortografía lo hacen pestañear con leves sobresaltos.

En este momento, hacen su entrada a la sala las secretarías de la Facultad: vaporosas, vestidas para un imposible verano en alguna costa sin burocracia. Son las mismas que en las mañanas bostezan pétreamente cuando alguien las interrumpe con insistentes, a veces desesperadas, solicitudes de certificaciones, siempre "refundidas" o "traspapeladas". No aparecen. "Por favor, señorita, destraspapélemelas". "No sea malita", rezonga(ba)mos.

Y comienza el fluido interrogatorio:

- ¿Por qué considera necesario usted que CEPE (la Corporación Petrolera Estatal, por si acaso) tenga un buen Departamento de Relaciones Públicas?

- ¿Para que tenga una buena imagen? - Tartamudea, semiconfiesa, el acusado.

- (Amable insistencia). ¿Pero para qué es necesario que tenga una buena imagen?

- Para qué... para que los públicos la vean bien... para que tenga una buena imagen entre los públicos.

- ...

En el silencio más o menos denso, se siente el tranquilo crujir de los papelitos de caramelos. Una de las secretarias saca impudicamente una peineta amarilla. Se arregla otro poco. El examinado se arregla la corbata. Le queda bien. Desde mañana le quedará mejor todavía. En la oficina le dirán Licenciado, desde mañana. Qué ganas de ir a la oficina.

Entra una señora con la típica cara de madre angustiada. Se le notan las horas de peluquería, el orgullo asustado, el atraso, el marido que no vino.

El profesor pregunta por prioridades, mecanismos, formas de. "Yo tendría que estar íntimamente ligado a la gerencia y a los jefes inmediatos", concluye de todo esto el próximo Licenciado.

«Indudablemente», dice alguien. Todas las mujeres asisten a la pausa con las piernas cruzadas en orden. Alguien suspira otra vez (el profesor más amigo). Un grupo de estudiantes de bluejeans y shigras de colores y boinas se asoma a la ventana. Se ríen.

El profesor le termina las frases. La tensión se afloja. El alumno ha entrado en materia y diserta sobre la importancia de una base económica. Eso es imprescindible, asegura. Una base económica. Y mira a los ojos del profesor más amigo. Ahora diserta sobre la importancia de la Facultad, y agrega que es necesaria, siempre, una base económica. La madre se muerde las uñas. Las respuestas son bestiales comenta un envidioso. El profesor discrepa elegantemente con la hipótesis número seis de la tesis de grado. Pero no se preocupen, se nota que ha graduado a mucha gente.

«Que salgan los extras», sonríe, relajado, el catedrático. Los profesores y las secretarias se quedan solos, a puertas cerradas. «¿Dónde es el chupe?» pregunta un estudiante despistado. Risitas nerviosas. Reingreso a la sala. De algún cajón emerge la satisfecha capa azul de terciopelo y el soñado birrete del Licenciado. Un gordito chico lucha con la capa en busca de la espalda respetable del Licenciado. Inevitable relacionarlo vagamente con el fino arte del toreo. Y la capa sobre el terno nuevo, por fin. Prometo servir a la Patria, no traicionar, etc.

Un compañero de oficina se toma el centro de la próxima escena con su terrible máquina fotográfica. "Como es americana, hay que esperar un ratito". Será. Todos sonreímos (¿dónde será el chupe?, susurra una voz atrás). Y en el momento

preciso, empieza a circular - salido de una bolsa de «La Favorita» - el último *lónch*: una botella de vodka y unos diminutos vasitos de plástico amarillo.

Residencia en las aulas

La Residencia Universitaria de la Universidad Central es algo así como la Embajada quiteña del Carchi. Y de todos los países que caben en el Ecuador.

El Carchi es una provincia fronteriza con Colombia y con la vasta tierra de los Pastos, denominados pastusos, palabra que siempre suena como peyorativa y con bicicleta. Lo de la bicicleta es una asociación que proviene del deporte natural y fundamental carchense: "si pasé antes a pata y lloviendo, cómo no voy a pasar ahora en bicicleta", dicen. Bueno, esos son los habitantes más notorios de un enorme edificio hecho pedazos, instalado a casi 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar, en Quito, luz de América, tierra del colibrí, comarca del mediodía.

Entrañable provincia, la residencia universitaria. País de "chagras" esforzados, antesala de profesionales de escasos recursos. Lugar donde salen a relucir otros recursos: la imaginación es la loca de la casa.

Mezcla de penal, conventillo y hotel, la residencia se las arregla como puede. La comida es pésima. Las paredes no se pintan hace años. En todos los pisos hay cartelitos que anuncian PELUQUERIA / 335. Ya sabe. Al lado del 335, hay un cartelito irónico en el vidrio de la puerta: CEBICHES / CONSULTORIO MEDICO. En otro piso - en serio - dice ZAPATERIA. Y en otra puerta, un letrero urgente: "López, no me dejes los 100 sucres. Me das en Ambato".

En el piso de las mujeres, ni un solo letrero. Un mundo callado, para adentro. Un silencio indecible.

Y en el segundo piso se anuncian "Los Hermanos Tigres", al lado de un par de luchas (desnudas) bien alimentadas. Más allá, junto a un rostro del Ché (que se repite como una imagen recurrente), dice "Bajo tu boina, bajo tus cejas, el imperio amenaza". Y una flechita para agregar: "Cuánto te amo".

Y también: "No nos gusta el partido, sino el entero". Y "Salud, Otavalo City". En el tercer piso, una frase de Voltaire convive con una foto de Jesucristo Super Star.

La residencia es un mundo que comienza en un lobby vacío y un multicasillero sin llaves. Por las ventanas, ropas colgadas y pirámides rojas de cajetillas de Marlboro. En la noche, farras más o menos secretas que a veces terminan mal. Vidrios rotos. "Estoy donde la Man. El Doc". Y los Beatles atravesando una calle de Londres. Lennon de blanco, Ringo de negro, George todo blue, Paul hecho el burócrata. El sonido de Rubén Blades retumba con su clave detrás de una puerta, "Sonría, al jefe le gustan los idiotas". Trasatlánticos y postales del Chimborazo.

Pero todos íbamos a ser doctores... «Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Las cosas duran hasta que se acaban y hay cosas que ni qué...». Y una amable advertencia: "Lea esto: que un traguito no hace daño, pero el descanso es un derecho. Vaya pronto a la camita y guarde su dinerito, que al fin de mes le hará falta para la tarjetita".

El discreto encanto de las pollas

Desde la Carolina de Mónaco del subdesarrollo, que llega en Mercedes con chofer a la Universidad Católica, y estudia entre múltiples compromisos sociales, a la "guambra pensante", que se duerme en primera fila, porque además trabaja para mandar plata a la familia, pasando por las intelectuales orgánicas de algunos veranos, de voces masculinas y discursos fogosos, a la rezagada e inocente polla que entró a la universidad como su madre y tías lejanas con el inconfesable propósito de conseguir un buen marido... las pollas son un panorama refrescante.

De pronto, esas mismas inconfesables niñas en edad de merecer, se descubren mucho más inteligentes que lo deseable: el conflicto pasa por casarse tardíamente (tipo 24 años) y aun así tener que elegir entre la profesión y el marido. Lo correcto, en estos casos, parece ser el marido.

Pero las pollas son también esos astutos papelitos con que los estudiantes de toda la vida torpedean la vigilancia del profesor en los exámenes trimestrales.

Pollas escritas en las manos, en las pantorrillas, en el pañuelo que se saca con suma discreción, en la cubierta del banco de clase, en los ojos del compañero del lado, que se sabe la materia. Son las inevitables trampas de los subordinados frente a la autoridad. El eficaz reemplazo de una memoria muchas veces accesoria.

Después, hay que salir del examen y borrar todo el memorizado poligrafiado de "n" páginas lleno de una materia inescrutable que algunos maestros empezaron a

repartir desde hace décadas y que se sigue reproduciendo debido a una especie de congelamiento del saber producto de la más pura e imperdonable pereza mental.

Después de todo, se diría que los mimeógrafos no mienten, la fotocopidora es implacable, y de acuerdo a la Teoría de la Superficie, lo único que realmente no engaña son las apariencias.

Pero está claro que el tiempo pasa. Aunque no faltan los profesores nuevos que se basan en esos mismos poligrafiados prehistóricos para dar materias cuya teoría y práctica apenas sospechan. Las pollas se les ríen.

Fuga de cerebros

El eterno estudiante florece en estos «campus». Eterno adolescente en busca de su destino, deambula como una especie de alegre sonámbulo por las carreras de su confusa vocación. Quería ser médico. Pero no pudo soportar el ramo de farmacología; había que aprenderse listas eternas de remedios en latín. Después se puso el flux de los abogados y pensó seriamente en una retórica para defender pobres. Mismos problemas. No se puede cambiar la sociedad desde adentro, concluyó además en esa época, después de algunos heroicos meses en la dirección de la Asociación Escuela y poco transitar por aulas y bibliotecas mal provistas en busca de conocimiento. Así es que subió la cuesta del Alma Mater y llegó con toda la elegancia de un renegado a la Facultad de Artes. Venía como de vuelta. Una época memorable. Pero el don no le había sido dado. Lástima. Hubiera tenido un gran talento para ir de exposición en exposición. Pero sus obras de aquella época no las quiere ni su madre.

Ahora avanza por tercer curso de Administración de Empresas. No le gusta nada. Quizás le sirva para administrar ciertos negocios de su padre. Es un lento aterrizaje forzoso. Ha hecho tres años en diez de idas y venidas, por eso de no convencerse de que la vil realidad está plagada de cifras, derecho tributario, cuadros estadísticos: pendejadas. En realidad, en todo ese caótico curriculum, andaba buscando Algo, pero nunca supo Qué. De cada lugar salió más o menos como había entrado.

El eterno estudiante suele ser un tipo simpático y universal. Se conocen pocos casos entre las mujeres, mucho más pragmáticas, como se sabe.

Aparte de las variantes más psiquiátricas, se conoce una variante que acepta al estudiante de 40 años, que por alguna razón se sube de nuevo al carro de la universidad. Y los que no se bajaron nunca, y estudiaron carrera larga, masterado, doctorado y otros ados, y han hecho tesis y sobretesis para llegar a ser un potencial de conocimiento que la Patria se está demorando mucho en aprovechar, por lo cual entran de alguna manera en el rubro Fuga de Cerebros, y se cocinan a fuego lento para otras tecnologías y otras latitudes.

Otro eterno estudiante - a veces - es el maestro. Sobre todo el maestro primario con fe y alegría. Desde los 6 años, su mundo era la escuela. La campana de la escuela, el olor de la tiza, los cuadernos recién forrados, el himno que cantamos los lunes, el día del maestro... De alguna manera, el recinto escolar lo protege, lo salva de crecer y de ingresar al agresivo, tenaz y comercial mundo de los adultos.

El año del novato

Hay que haber sido alguna vez un Novato último modelo. Haber ejercitado con prudencia y asombro los derechos e izquierdos de la juventud. En medio de cuadernos ordenaditos y subrayaditos con rojo y con verde en las partes que parecen importantes y de qué colegio vienes, y qué papelón, tenemos unas caras de guaguas. Y fumar como chinos, y decir Contexto, Semántica, Problemática, Superestructura, Sociedad Civil.

Los novatos transitan por la vereda del futuro. La modulación de locutor de TV en la voz de los futuros periodistas. La pinta de artista moderado de los futuros arquitectos. El traje siempre estético, de rebelde asumido, de los alumnos de Bellas Artes. Y practicar, durante todo ese primer año, incesantes paseos y bailes y un intercambio rotativo de parejas. Se prueba, se aprueba, se reprueba.

Al final del año, hay un natural porcentaje de parejas establecidas que serán padres a la altura del tercer año y se divorciarán o se graduarán juntos en cuarto o en quinto. Y las interminables asambleas para organizar los paseos y los bailes, pagar cuotas, elegir o defenestrar representantes, tachar profesores y arreglar el mundo y sus alrededores. Cualquier rato, el sólo hecho de tener una opción frente a la violenta nube de gas lacrimógeno que empieza donde termina la autonomía universitaria en las manifestaciones por presupuesto para la universidad, le dice a uno que ya pasó la novatería.

The day after

Y todo termina el día después con un chuchaqui (ratón o curda, en otros lares) tembloroso. Y con el vago recuerdo de haber insultado a alguien, de haberle dicho óyeme, que yo soy Licenciado, y vos nada, y después discúlpame hermano, tú sabes que yo sigo siendo el mismo, qué has de creer. Es decir, un respetable chuchaqui moral incluido, porque no hay fiesta sin culpa, como dice el poeta Oñate.

Después, el sobresalto de estar, por fin, de este lado, de los que habitan el planeta con cartón profesional. Y una rápida revisión del periódico confirma la nueva realidad con las congratulaciones de padres y amigos: nuestro hijo se ha licenciado. Brillante Galeno se incorpora. Nuevo Periodista. Ecuatoriano triunfa en el extranjero. Porque licenciaditos (ahora lo comprende) hay lo-que-quiera. Ahora necesita un PH.D. (pi eich di) para marcar la diferencia, *of course my horse*. O por lo menos un masterado, allá, porque vale muchísimo más que los títulos de acá.

Y, desde el otro día, enfrentarse a la imponente problemática con difícil solucionática de la práctica, para la cual no venía preparado. Y manejar la maquineta, adquirir un cierto don de mando (ergo, "estar íntimamente ligado a la gerencia y a los jefes inmediatos, indudablemente") o, por lo menos, haberle acertado a eso que llaman Vocación.

Y el aprendizaje viene después o no viene nunca: la triste verdad es que hay multitud de licenciados que siguieron siendo profesores primarios o burócratas después de la magna ceremonia del birrete y la capa azul. Como consuelo, deslizan la tarjeta de visita a la menor provocación.

Y después de todo

A hora llueve y llueve en la ciudad universitaria. Son aguas de soles, porque en las mañanas salen los soles de aguas y la lluvia baja cultísima por el Pichincha (que soberbio decora, dice la Canción Nacional). El agua tiende a borrar las consignas. De una manera especial, las que claman por PRESUPUESTO.

Después del delirio de los años 70 - Ecuador fue entonces tierra de arribo de una marea de desesperados chilenos, argentinos y uruguayos -, cuando los "chinos" lideraron la lucha por el libre ingreso, la universidad asumió una población

estudiantil desmesurada y un evidente, creciente, escandaloso deterioro de su nivel académico.

(Como el profesor Romaña de Bryce Echeñique, el "cassette" para grabar vale por una clase. Pero no faltan - por eso mismo - clases que terminan con aplausos. Algún poeta que se juega y se gana la vida al borde de un pizarrón y a la conjura de unos necios ojos de capulí.)

Los gobiernos ignoraron sus demandas económicas, la dejaron ser una isla roja sin presupuesto. Hoy, el 90 por ciento de la gente cree (según una reciente encuesta de opinión), que el libre ingreso a la universidad debe ser suprimido. Que debe volver a haber exámenes de ingreso. Pero al interior de la Universidad Central se plantean otras cosas. La problemática, la superestructura, la coyuntura, la sociedad civil, la insurgencia, la pauperización... Adentro, parece seguir siendo un tabú hablar otra vez de cambios.